

La Conservación de una Especie

OLIVER T. DE LEWIS

En el número de Julio de 1946 (págs. 305-6) de la conocida revista argentina CIENCIA E INVESTIGACION, encontramos este magnífico artículo, de palpitante interés en nuestro medio y nos hemos tomado la libertad de reproducirlo porque consideramos que las tesis expuestas en él deben ser objeto de una extensa campaña publicitaria. En realidad, es este un magnífico artículo que debe ser ampliamente conocido en toda la América Latina.—D.

Con frecuencia una especie animal, pez, ave o mamífero, corre peligro de extinguirse. Cuando esto ocurre, el hombre la protege con leyes reguladoras de la caza o de la pesca, que prohíben la matanza de animales sin discriminación, veda el perseguirla en la época de cría y le reserva lugares donde puede desarrollarse sin trabas. Estos beneficios se otorgan a la especie en cuestión porque se la considera necesaria o útil, ya sea como alimento o proveedora de ropaje, y por su interés científico para el naturalista. ¿Porqué sucede, entonces, que el hombre, tan cuidadoso de especies inferiores, no cuida mejor una variedad muy importante de su propia especie, el hombre de ciencia?

En primer lugar se debe preguntar ¿por qué necesita protección el hombre de ciencia? Difiere de sus semejantes por estar poseído por un interés dominante, no pocas veces excluyente de todo otro interés, por la búsqueda de la verdad. Esta característica le hace dejar a un lado toda preocupación por adquirir para sí dinero o poder, y llega de este modo a depender de otros para provisión de los medios necesarios a su trabajo y sustento. El hombre de ciencia está dispuesto a no tener la mayor parte de las ventajas materiales anheladas por quienes llevan una vida más mundana; sin embargo, para vivir y para efectuar su labor específica deben asegurársele ciertas condiciones espirituales.

El requisito más indispensable al hombre de ciencia es la libertad intelectual. Debe poder seguir libremente su propia inspiración, sin estar limitado por organismos que traten de conseguir fines utilitarios de su trabajo u orientarlo con propósitos ajenos al único legítimo de descubrir un aspecto de la verdad. Necesita además un ambiente de paz, donde pueda trabajar sin sufrir el efecto pernicioso de preocupaciones extrañas a su problema intelectual, ni el de las interrupciones motivadas por conflictos grandes o pequeños.

Estas condiciones suelen ser provistas por las universidades y los institutos de investigación científica, junto con los recursos materiales para el trabajo. En verdad, el hombre de ciencia puede a veces conseguir grandes resultados con medios muy escasos —la necesidad suele ser la madre de la invención—, pero esto es cada día más difícil por la creciente complejidad técnica de la investigación. Compárese, además, el ritmo del progreso científico en los años entre las dos guerras, con el ritmo en la segunda mitad del siglo pasado, cuando los trabajadores científicos tropezaban con las dificultades de la escasez de medios, a veces extrema como en el caso de los Curie, y se deducirá cuántas ventajas hay para la humanidad en general en dar amplios recursos de trabajo a los hombres de ciencia.

No basta, sin embargo, proveerle al trabajador científico el ambiente de libertad y de paz y los recursos para el trabajo, para que pueda producir su obra maravillosa. Primero debe vivir y aun cuando tenga todo lo demás, si sus necesidades personales no están satisfechas, su inspiración se apagará. Aparte de su trabajo, el deber más importante de un hombre es fundar y sostener una familia; la retribución material de su trabajo le da los medios para ello. Desgraciadamente, en las condiciones actuales, el hombre de ciencia no recibe una recompensa justa; no se le da lo necesario para satisfacer necesidades imperiosas y para cumplir su obligación de contribuir a mantener la especie.

La índole del trabajo que efectúa hace indispensables ciertas comodidades que pueden ser consideradas como lujo para quien trabaja en tareas no intelectuales. Su vivienda debe ser espaciosa para poder hallar en ella la quietud y el silencio propicios al recogimiento y a la meditación intelectual. Su mente requiere el estímulo constante dado por la relación con otras mentalidades de su nivel intelectual, y que halla en los libros y en los viajes que le permiten cambiar ideas y discutir sus problemas con sus colegas. Necesita también interrumpir periódicamente su trabajo, no tanto para holgar, como para dedicarse a una actividad subsidiaria. No pocos hombres de ciencia son poetas o esculto-

res, o saben manejar el pincel del artista o la pluma del escritor y casi todos hacen incursiones en campos del saber ajenos a su ciencia; no pocos son hábiles, y algunos son profundos, en el discurso filosófico. El intelecto, como la pradera que ha sido cosechada, debe dejarse en reposo, o sembrarse con alguna otra hierba, antes de pedirse nuevamente trigo. Las vacaciones del hombre de ciencia tienen una importancia y un significado mucho mayor que las vacaciones de los demás trabajadores. Durante ellas se renueva y vigoriza su mente y se hace apta para rendir mejores frutos.

Todas estas necesidades deben ser satisfechas con su salario, después de haber provisto las elementales de comer y vestir. Se podría argüir que las bibliotecas de las universidades e institutos le proveen los libros, pero no hay un trabajador intelectual en el mundo entero que no sea capaz de privarse de lo más indispensable para rodearse de libros y revistas de uso personal, pues los necesita como el pan. Podrá argumentarse también que no faltan las becas para que viajen los jóvenes investigadores en formación, y que a veces se dan fondos para asistir a un congreso o a una reunión científica. Pero éstas, como el año sabático de licencia con sueldo que se otorga cada siete años en Estados Unidos a los profesores universitarios, son excepciones, cuando deberían ser la regla.

Las conquistas de la ciencia han mejorado considerablemente las condiciones de vida, pero al mismo tiempo han aumentado su costo, sin que haya aumentado proporcionalmente la remuneración de los hombres de ciencia. En los últimos años sobre todo, se ha producido un desequilibrio tal, que se observa la situación absurda de un hombre de ciencia, graduado por una universidad después de largos años de estudio y aprendizaje, cobrando un salario inferior al de un trabajador manual, empleado en una tarea rutinaria.

La escala de salarios bajos hace que el trabajador científico no pueda pensar en casarse joven; generalmente lo hace a una edad 10 años mayor que la habitual en los obreros manuales. Este hecho y lo inadecuado de sus recursos para sus necesidades, tiende a limitar su familia. Si bien estadísticamente se ha comprobado que la mayor parte de los trabajadores científicos provienen de familias donde no hay hombres de ciencia, hay suficientes ejemplos de la transmisión hereditaria del talento científico, como en los casos de los Huxley y de Madame Curie y su hija Irene, para afirmar que es razonable dar a los hombres de ciencia la oportunidad de tener familias numerosas, en la esperanza de que florecerán en ellas la habilidad científica y otras aptitudes intelectuales sobresalientes.

Es menester también tener en cuenta que el hombre de ciencia debe someterse a un entrenamiento largo, difícil y costoso, durante el cual no es remunerado, como lo es el aprendiz manual. Su familia debe pagar gran parte de este aprendizaje y es natural que el común de los hombres no considere una buena inversión de dinero la que da rendimiento tan escaso, pues deja al beneficiario en condiciones económicas inferiores, ya que no puede fundar una familia antes de los 30 años y toda su vida estará reducida a una situación de dependencia. Las condiciones de inestabilidad actuales hacen aún más sombrío el cuadro, pues el hombre de ciencia hoy corre el riesgo, muchas veces experimentado, de verse privado de su posición por razones del todo ajenas a su eficacia en el cumplimiento de sus tareas específicas. No es de extrañar que un joven con auténtica vocación científica, sea disuadido o impedido por su familia, de emprender vía tan ardua y poco atrayente desde el punto de vista de la sabiduría mundana.

Toda la civilización moderna se basa en los resultados del trabajo desinteresado del investigador científico. La vida misma de los hombres, en la guerra y en la paz, depende de su ingenio. Es una cruel ironía que el mayor productor de riqueza del mundo esté expuesto a desaparecer por no dársele la pequeña participación que le hace falta para sobrevivir. La escala de salarios de los trabajadores científicos debe ser revisada y ajustada, teniendo en cuenta sus necesidades reales y propias: la vivienda amplia y cómoda, la provisión de libros, de viajes, de vacaciones intelectuales y, sobre todo, la posibilidad de fundar, sostener y educar una familia con la dignidad correspondiente a su jerarquía espiritual. Cada etapa de su carrera, desde la iniciación del aprendizaje hasta la culminación de la madurez y el retiro, debe estar adecuadamente provista. De otro modo, muchos talentos jóvenes se malograrán por la imposibilidad material de iniciar o continuar sus estudios, o por el temor de verse en situación de tener que sacrificar a su familia, a su esposa, a sus hijos, para poder continuar la labor creadora.

La sociedad que no ve, o no quiere ver la importancia del problema expuesto, se condena a sí misma a perder una de sus partes integrantes más valiosas y necesaria para su supervivencia definitiva como entidad independiente.

